

Jean Guilton, la eternidad y el tiempo

MARIO PARAJÓN

Hay toda una tradición en el pensamiento y la literatura de Francia que agrupa textos en el nombre de la *sagesse*. Y se trata, en efecto, de la sabiduría, entendida a la manera que lo hicieron los estoicos, después Montaigne, más tarde los autores de tratados de tantos y a veces firmes discursos a propósito del arte de vivir en el mundo, famosos desde los tiempos del barroco e igualmente abundantes en el de la ilustración. El caballero de la Meré, al que tanta importancia dan los biógrafos de Pascal, es uno de los ejemplos encarnado por cualquiera de los hombres que han pretendido manejar en cada

situación de la vida toda la experiencia acumulada en los siglos anteriores. El sabio está de antemano al tanto de lo que seguramente sucederá si se hace tal cosa; y aconseja que se haga tal otra en la certeza de que tomar esa decisión será lo que traiga mayor felicidad.

Jean Guilton pretendió ser uno de estos sabios. Es frecuente que en sus ensayos salte de pronto una frase en que apele a una comparación referida a la estrategia militar. El estratega se aprovecha de todo, su sentido de la economía es exquisito y todo lo subordina a lograr un objetivo que se ha propuesto. Para Guilton la

vida del pensamiento debe transcurrir por estos caminos. El pensamiento se opone a la sensación en que vuela, nunca se está quieto, vislumbra a lo lejos la fortaleza que se propone atacar, toma sus medidas, calcula sus pasos y luego se lanza. Ese es el primer secreto de la sabiduría: eliminar el peso, la pereza, la lentitud excesiva, lo que en apariencia es gravedad y en el fondo sólo es somnolencia; aunque como propio de la vida, este movimiento veloz de todas las fuerzas de las que se dispone, debe ir acompañado de una medida de los pasos que se dan para que en momento alguno falte la prudencia. Lo importante es estar muy consciente de que la vida es algo terriblemente serio, algo con lo cual el juego sería suicida, pero a lo que es menester imprimirle cierto ritmo y tono de comedia; así no se dramatiza en exceso y no se pierde en quejas.

Por eso Guitton fue como un duende que pasó cinco años prisionero de guerra, y que soportó más tarde una acusación de colaboracionismo y las puertas cerradas de la Sorbona. No le dio ni un milímetro de entrada a la amargura y menos aún a la desesperanza. Tampoco se descorazonó al presenciar cómo crecía la fama de Maritain, Marcel y Gilson, los tres pensadores católicos más conocidos antes e inmediatamente después de la segunda guerra mundial. Lo suyo era aguardar la hora que le llegaría, si le llegaba, entregado al trabajo incesante.

Esta era la clave y el primer mandamiento de su decálogo de la sabiduría. Hacer todo el tiempo, nunca detenerse; y hacer como un artesano medieval, deteniéndose a pensar no sólo en el contenido de lo hecho, sino igualmente en el arte de hacerlo. Era la herencia de su madre, una mujer extraordinaria que nunca había ido a la escuela, que tenía junto a la cama el libro de pensamientos de Joubert y que le fue siempre fiel a Newman. Otro precepto sabio: hay que tener autores de cabecera, familiarizarse con ellos leyéndolos muchas veces, sentir que nos hacen compañía y que la soledad se atenúa

cuando hemos hecho con ellos una amistad felizmente a prueba de todas las decepciones. Lo que no sabía la madre de Guitton cuando tanto se aficionó al cardenal inglés, era que su hijo heredaría la tal afición y que haría sentir su influencia en el Concilio Vaticano II, cuya fuente de inspiración, según la declaración expresa de Pablo VI, fue el pensamiento de Newman.

Guitton escribió más tarde que el Concilio había sido la coronación de su vida, el acontecimiento que aguardó desde su adolescencia sin saber muy conscientemente que lo aguardaba. Sólo si se sabe muy bien por qué, se comprende lo que ha significado su obra escrita y lo que con ella ha aportado a la historia de esa *sagesse* a la que rindió culto desde que la madre empezó a mostrarle su camino.

Hay que remontarse a principios de siglo. Guitton nace en 1901, proviene de un medio familiar donde hay tradición católica y protestante; y afronta, al llegar a la adolescencia, la primera situación que habrá de lanzarlo a plantearse el problema ecuménico; se encuentra con la Filosofía e intuye de golpe que nunca podrá vivir sin ella. La Filosofía le parece la ciencia que intenta la respuesta a las preguntas fundamentales de la vida, la única que satisface o que busca la satisfacción de lo que el hombre lleva por dentro y que no es otra cosa que el afán por comprender la totalidad de lo real. Necesitamos de la razón para vivir humanamente, pero es como si la razón clamara cuando nada más la empleamos en lograr esto o aquello y no en preguntarnos *qué es todo esto*.

Los más importantes, los hombres cuya trayectoria quiso desde entonces seguir, fueron los entregados a esta faena que no trae la fortuna y las más de las veces tampoco la gloria, pero que hace al espíritu vivir en una trabajosa y magnífica fiesta sin fin: había encontrado su camino.

Pero no sólo su camino: también un obstáculo. Había nacido católico. Tenía la costumbre de hacer examen de conciencia cada noche, rezar sus oraciones, ver un devocionario en manos de la madre, asistir a misa los domingos, confesarse con frecuencia y tomar la comunión. Este edificio de la fe, vivido desde su experiencia con los padres, le parecía inmovible; y la circunstancia de encontrarse con la Filosofía no lo alteraba, pero lo que sí le pareció insólito fue que quienes mejor se hacían las preguntas filosóficas, los científicos, los intelectuales más renombrados, los que constituían ese mundo al que pretendía acceder, no eran católicos ni protestantes, muchos de ellos tampoco creyentes y sólo algunos, eso que llamamos deístas.

¿Cómo era posible? Si la filosofía es lo único que complace al ejercicio de la inteligencia en su plenitud y si el cristianismo configura el sentido de la vida, modela a los mejores y le viene perfecto a la naturaleza humana, ¿cómo se explica que los filósofos no sean cristianos, que los cristianos no estén unidos y que el mundo moderno se aparte del ejercicio de la religión?

A estas preguntas los maestros de la Sorbona respondían con los argumentos que provenían de la tradición idealista: la razón tiene sus límites y lo suyo consiste en acotar un campo restringido. Más allá no puede ir; y eso empezó a saberse desde los tiempos del gran Descartes hasta que Kant, en la *Crítica de la Razón Pura*, influido por el empirismo inglés que lo despierta de su sueño dogmático, declara que sólo es posible moverse en el ámbito del espacio y del tiempo.

Así se moviliza la razón crítica, piensa Guitton; la que empieza poniendo en cuestión las tradiciones, el principio de autoridad, el tesoro de lo que transmiten los padres a los hijos; y la que relativiza las verdades que no conciernen a la certidumbre absoluta sólo otorgada por la ciencia. Lo primero que se le ocurre a Guitton a

propósito de esta manera de pensar, es que él acepta la razón crítica, pero a condición de llevarla al extremo; tanto, que la criticará siguiendo sus principios y así desembarazándose de ella.

Esta crítica de la razón crítica la realizará con el auxilio de Bergson cuidando de no detenerse en Bergson, sino de llevar —¡de nuevo al extremo!— el espíritu de su filosofía. El procedimiento será sencillo en apariencia, aunque algo le costó hallarlo. Kant había llegado a la conclusión de que sólo se puede razonar dentro de los límites del espacio y el tiempo debido a que sólo tenemos la experiencia del espacio y del tiempo; no hay otra más allá de ellas. Pero Kant, en la *Crítica de la Razón Práctica*, entiende que si se acepta que el punto de partida lo constituyen tanto Dios como la inmortalidad del alma, y en consecuencia se lleva una vida moral de acuerdo con estos postulados, entonces creemos en esas dos verdades. Lo que Guitton pretende es que no haya un intervalo entre el ámbito de ambas razones. Es innegable que no habrá nunca una certidumbre en lo que atañe a la vida sobrenatural semejante a la certidumbre matemática, pero sí será posible mover el razonamiento a propósito de Dios más allá de un a priori que podría entenderse como caprichoso pero parte de los agnósticos.

Para eso será posible entrarle al tema del tiempo no tanto cuando este *se mide*, como cuando *se misura*. Este es el secreto descubierto por Bergson. Por ese camino —y valiéndose de un paralelo y del consejo de un maestro— Guitton llegó al estudio más importante que se ha hecho en nuestra época sobre la diferencia, la semejanza, la coincidencia y el misterio del tiempo y la eternidad.

Guitton entiende que el tiempo está hecho de dos elementos, de “deux mouvements intérieurs, séparables pour la conscience, bien qu’ils interfèrent l’un avec l’autre; l’expectatio

futurorum qui nous porte vers l'avenir et *l'extensio ad superiora* qui, en definitive, nous oriente vers l'éternel". El primero nos fuerza a estar siempre proyectando, obligados a siempre hacerlo de alguna manera; el segundo nos inclina a una cierta fruición del presente, a complacernos en él quizá pretendiendo detenerlo; y al mismo tiempo a esforzarnos en elevar lo real que vivimos. Por supuesto: aquí podría añadirse que el primero, lanzándonos al proyecto en que toda la energía de la vida se tensa, puede igualmente pervertirse en una suerte de contraproyecto hecho por la pasividad de quien se deja llevar y permite que los acontecimientos lo arrastren; y el segundo, que apunta incesantemente a lo más alto y lucha por acercarse a un ideal del que no hay experiencia —salvo la de lo que ilumina sin ser él iluminado— tiene también su reverso: la del movimiento que, en vez de dirigirse a lo elevado y superior, se deja caer hacia lo inferior y bajo.

Cuando Guitton estudia en la Sorbona, uno de los maestros más influyentes es Brunschvicg, el cual piensa que estos dos movimientos, separables por la consciencia, pueden también ser separados en la realidad. Guitton juzga que no es así y que si el "ser, tal como nos es dado, está estructurado y se forma por niveles y planos que no se yuxtaponen, sino que están unidos y 'enganchados', existen dos tentaciones principales a propósito de él: la de la vida y la del espíritu".

Según Guitton se cae en la soberbia si se opta por el espíritu y en el frenesí irresponsable si la opción se hace por la vida. El error, de atroces consecuencias, consiste en creer que lo posible para la consciencia como pura operación mental, también puede realizarse en la realidad. Y todo lo que ha escrito, más de sesenta títulos, ha consistido en intentar la lucidez para cuando hacemos una experiencia de la eternidad en el tiempo, así como un enterarnos de que el vector de lo temporal es el orden; y de que esto se aclara al remontarnos de la realidad de un hecho

a los otros hechos que ya contenían esta realidad en potencia y que han dado lugar sobre todo a la transición de unos momentos a otros.

Al hilo de este gran tema de lo temporal y lo eterno, al advertir su manera de contraponerse, ha hecho Guitton un método de acceso a la realidad. Cuando una realidad se contrapone a otra, como en el ejemplo del polo norte y del sur, una y otra se necesitan, se distinguen por su posición y son idénticas en lo que atañen a su realidad polar.

Guitton ha intentado en sus libros una búsqueda de lo estable y permanente que configura su vida y la de sus contemporáneos con plena coherencia. Por eso ha tratado el tema de Dios prosiguiendo en su indagación a fin de averiguar si es cierto que se ha revelado en Jesucristo y si Jesucristo nos ha dejado a la Iglesia en herencia.

Ha escrito semblanzas, comparando a un pensador con otro a fin de advertir así lo que puede haber de subjetivo en cada uno y que aparezcan las verdades que hay en ambos. Lo ha hecho igualmente para advertir lo que desaparece de la persona retratada cuando se dibujan sus rasgos esenciales y queda entonces lo que permanece.

Este situar en el centro de su preocupación el tema del tiempo, es lo que vino a confirmarle el concilio Vaticano II, además del impulso al diálogo entre católicos y protestantes. En el Vaticano II la historia hizo una nueva y feliz irrupción en la Iglesia y empezaron a ponerse los medios para cumplir el mandato evangélico de que todos "sean uno, para que el mundo crea".

El acercamiento entre católicos y protestantes había sido el ideal de su infancia. Y lo eterno presente en lo temporal constituía el hilo conductor de todos sus pensamientos. La intuición de la madre lectora de Newman se

realizaba misteriosamente, haciéndole ver su predestinación para invitar a cada uno de sus lectores a discernir la suya.